

me gusta ¡oh Genaro! la sensibilidad de tu alma, esto te recomienda sobre manera; pero dejemos ya conversaciones tristes, y contéstame la proposición, que al principio de esta entrevista te hice; ¿quieres que deje en tus manos el arreglo de una causa que sin la menor duda, te dará mucho nombre é igualmente una fortuna?

A esta proposición vacilé un momento, y me quedé sumerjido en una profunda meditacion; pero luego tornándome á D. Mariano le dije: No señor, agradezco en extremo el favor que vd. me quiere hacer, pero no puedo ni debo aceptarlo; en primer lugar, porque es quitar á vd. un trabajo que le corresponde, y que solo por la bondad de su corazón quiere dejar en mis manos, en segundo lugar porque no me encuentro con fuerzas bastantes para desempeñarlo. Aun no me he recibido, espero sin embargo, que dentro de tres meses seré ya un abogado, pero quiero también comenzar por defender pequeñas causas, para que por medio de la práctica pueda tener un conocimiento mas claro y profundo, y mas tarde aceptar un negocio como el que vd. tiene la bondad de proponerme.

El anciano, que no me había interrumpido y que me había estado escuchando con la mayor

atención, cuando le hube dado mi respuesta exclamó:

¡Cada día me gusta mas tu carácter! en tus pocos años pareces tener ya la madurez de un viejo, y observo con placer que no te dejas llevar por la ligereza propia de tu edad, sino que por medio de la reflexión lo mides todo, y luego decides; pues bien, ahora que te he escuchado, tengo la imprudencia de manifestarte, que no solo deseo, sino que exijo de ti como una prueba de afecto que quiero me des, el que aceptes el negocio que deseo poner en tus manos; escucha Genaro.

Te acabo de decir que quiero descansar; de consiguiente, de hoy en adelante no acepto ya ningún trabajo, sea cual fuere; pero como aun hay muchos que tienen la fineza de no querer encargarse de sus negocios sino solo á mí, yo queria darte una persona activa é inteligente en mi lugar, y por eso te he escogido; ¿serás capaz de desairarme?

No tengas cuidado por no tener todavía práctica en esta clase de negocios; yo te prometo Genaro, ser tu consejero y guiarte, siempre que tu quieras seguir mis consejos; ¡oh! con mis años y el tiempo que tengo de ejercer esta profesion, figúrate si tendré ó no experiencia en ella!

Pero decidete ¡hijo mio! contéstame favorablemente, así podré yo mismo comenzar á instruirte del negocio: pediremos para la instruccion el tiempo que te falta para recibirte, y el mismo di que seas recibido, presentarás tu primer escrito.

Genaro, tu eres jóven, y es preciso que te abras un porvenir: tus padres tal vez no existen ya; tu protector no lo conoces, yo tampoco, quizás algun dia te retire lo que hasta hoy te ha enviado, y entónces ¿qué será de ti? D. Justo, tiempo hace que no sabemos de él, y tambien ¡hijo mio! ponte en otra situacion por cierto muy probable. Figúrate que tus buenos padres existen, pero que sean pobres, muy pobres; llega el dia en que los encuentras ¿no tendrias un placer inmenso en poder ser su apoyo, su abrigo en el infortunio?

Este pensamiento, que ántes no habia herido mi mente, en ese instante penetró en ella con su grandioso atractivo, y sin pensar ni un momento más, alargué mi mano á D. Mariano diciéndole:

Y bien señor; sí, acepto vuestro favor; lo que acabais de decirme ha producido en mi esta resolucion; algun dia puedo ser útil á mis padres, puedo brindarles con una fortuna, con las comodidades tal vez, de que hasta hoy habrán care-

cido, y esta idea me llena de un secreto placer que no podria exactamente explicar.

¡Vaya Genaro! tu resolucion me hace gozar inmensamente; ven á mis brazos hijo mio, ¡tú á quien voy á convertir en mi sucesor!.....

¡Que momentos tan dulces se sucedieron entónces para mí, al sentir los latidos llenos de vida del corazon de aquel anciano, que haciendo conmigo la mas honrosa distincion, me escojia entre mil para revestirme se puede decir, de una honra que á fuerza de fatigas y trabajos habia él podido lograr.

Mi segundo protector se separó de mi lado pocos momentos despues que le hube manifestado con las mas ardientes expresiones, mi gratitud. Antes de irse, me invitó para que fuese á comer á su casa el domingo próximo, y yo no pude rehusar esta invitacion.

Verdad es que la buena familia de D. Justo me tenia invitado desde el primer Domingo que pasé en Venecia, y allí era donde efectivamente habia comido siempre, mas aún entónces, que me consideraba ya como de la familia; pero por esa vez, tendria el cuidado de pasar ántes á darles aviso, para que no entrasen en alarma, y en seguida iria á cumplir lo que habia prometido á D. Mariano.

Pronto las clases superiores, los estudios, los exámenes me vinieron á ocupar, hasta que por fin llegó el domingo: salí temprano del colegio, despues de haber oído la misa, vestíme lo mejor que pude, y me dirigí á casa de la familia de D. Justo; allí estaban todos, las muchachas me dieron como de costumbre un abrazo, y me dijeron, que era un milagro verme por allí tan temprano.... Entónces tomé la palabra, y brevemen- te expuse lo que me obligaba á ir á participarles, que aquel domingo tendria el sentimiento de no acompañarlos á comer, porque el ex-director del colegio, D. Mariano N., me habia invitado para que lo hiciese en su casa, y no habia podido excusarme.

Noté entónces algo, que me llamó mucho la atencion, y fué que Julia, la más grande de mis amiguitas, al oír que aquel dia no me quedaba como de costumbre á comer allí, se habia puesto pálida como un cadáver, sus ojos se cubrieron de lágrimas, y no pudiendo disimular la fuerte impresion que habia recibido, se habia entrado á las piezas interiores.

Yo entónces, aunque preocupado por lo que acababa de observar, comencé á contar con mucha pausa á todo el resto de esa familia, tan amada para mí, todo lo que me habia propuesto el

generoso D. Mariano, que se habia constituido desde aquel instante mi protector, mi segundo padre.

La familia toda se llenó de alborozo al escuchar mis palabras, y satisfecho yo al ver su contento, salí de aquella casa preocupado con la impresion que habia notado en la hermosa Julia: caminaba entregado á mis reflexiones, dirigiéndome á la casa de mi nuevo protector, éste se hallaba á una milla de Venecia en una preciosa quinta: el camino que yo seguia, estaba lleno de grandes y suntuosas habitaciones, de deliciosas quintas, moradas de los nobles y grandes de Italia.

Yo caminaba indiferente á todo lo que me rodeaba; repentinamente escuché un lamento á mi espalda, y volví maquinalmente el rostro; un cuadro patético y conmovedor se presentó entónces á mi vista, un anciano venerable, encanecido su cabello y trémulos sus miembros, cubierto con los harapos de la miseria, y pudiendo apenas sostenerse, caminaba pausadamente sostenido en el brazo de una jóven, tan bella, que más que una criatura humana me pareció un ángel descendido del Empíreo: aquella mujer divina, parecia por la finura de sus modales, y lo elegante de su trage, pertenecer á la alta sociedad, sostenia en

un brazo al débil anciano, mientras su otra mano, delicada y alabastrina estrechaba la de una pequeña niña, que á juzgar por su trage, parecia tambien estar en la mendicidad.

Contrastaba notablemente el lujo de la bella jóven con la pobreza de los que la acompañaban: la pequeña niña lloraba, y la bella jóven parecia muy fatigada; me detuve sorprendido, al ver aquel grupo tan interesante; la hermosura de aquella mujer me tenia fascinado, parecíame el ángel de la caridad enjugando las lágrimas del infortunio, é impulsado por un poder irresistible me acerqué á ella: la jóven no me habia notado.

Yo no sé lo que pasaba en mí en aquel instante, sentia una conmocion extraña, y una sensacion para mí hasta entónces desconocida agitaba todo mi sér; cuando estuve á pocos pasos de aquel grupo me detuve.

—Estais fatigada, señorita decia el anciano, con entrecortado acento, vuestro brazo tiembla, por Dios, abandonadme, no puedo dar ya un solo paso, y el peso de mi cuerpo os está matando!....

—No, amigo mio. replicó la jóven con un acento dulce, que penetró hasta el fondo de mi alma, no estoy fatigada: por otra parte, el carruaje no está léjos, y os conducirá hasta mi quinta: ¡yo aban-

donaros? no volvais á decirlo, tened valor, pronto llegaremos.

—¡Sois un ángel! exclamó el anciano, é inclinando la cabeza exhaló un suspiro.

Yo entónces hice un supremo esfuerzo, y acercándome á la jóven, perdonad señorita, le dije, si me atrevo á hablaros; pero me pareceis muy fatigada, y vengo á ofreceros mi brazo para conducir á ese buen anciano: la hermosa jóven, que no me habia visto, se sorprendió al escuchar mis palabras, un vivo rubor cubrió sus frescas mejillas, fijó un instante en mí sus miradas con celestial dulzura, y bajó al suelo despues sus azules ojos, diciéndome.

—No sé quien sois, caballero, pero la bondad de vuestro corazon os recomienda, acepto vuestra oferta, y os suplico me ayudeis á conducirle hasta mi carruaje, que á pocos pasos de aquí espera.

Al decir estas palabras la jóven, era tan dulce su acento, que yo extasiado la escuchaba: cuando se perdió en el silencio el timbre de su voz, me acerqué al anciano, y descubriéndome con respeto le dije, apoyaos en mi brazo y nada temais, yo soy fuerte, y puedo sosteneros; una lágrima brotó de los ojos del anciano; ¡gracias, señor! me dijo conmovido, y dejando el brazo de la jóven se apoyó en el mio.

Esta me veía sorprendida, sus ojos se encontraron por segunda vez con los míos, y entonces desvió la vista turbada, é inclinándose hácia la pequeña niña, la tomó en sus brazos.

Caminamos aun un breve rato en silencio; al fin me atreví á interrumpirlo: ¡hermoso país es la Italia! exclamé, ¿es ella vuestra patria, señorita?

—No, respondió la dulce jóven, las auras de Inglaterra mecieron mi cuna, hija de un Lord, siempre he habitado en una quinta inmediata á Londres; hará un año sin embargo, que una enfermedad de mi buen padre nos obligó á abandonar la Inglaterra, y á establecernos por algun tiempo en Italia.

—Y vos sin duda deseareis regresar á vuestra patria? pregunté tristemente.

La jóven miróme sorprendida. Siempre nos llama el país que nos vió nacer añadió; pero la Italia es para mí tan querida, que me será doloroso abandonarla: ¿y vos, sois Italiano?

Yo guardé silencio, no sé á punto fijo cual es mi patria, repliqué, no queriendo engañar á aquella muger divina. Los primeros años de mi existencia se deslizaron en las inmediaciones de Milán, y supongo que el sol de Italia me vió nacer! la jóven pareció sorprendida.

—¿Teneis padres me preguntó?

Aquella pregunta, fué para mí un golpe eléctrico, todo mi sér se estremeció, mi rostro se puso livido, mis miembros temblaron, é inclinándola cabeza sobre el pecho, nada pude responder á la bella jóven. ésta, que estaba fija en mí en aquel momento, se asustó al ver la expresion de mi semblante, y con un tono lleno de interés ¿qué teneis? me dijo, estais demudado, ¿os sentis malo?

No señorita, no es nada, gracias, me apresuré á responderle, repuesto en parte de mi emocion; el nombre de mis padres excita siempre en mi alma dolorosos recuerdos, ¡qué mucho me hacen sufrir!

La hermosa jóven suspiró entonces; ¡perdonadme dijo, si al evocarlos os he hecho daño!

Yo la dirijí una mirada llena de gratitud, y caminé silencioso á su lado; un momento despues nos deteníamos ante un carruaje, mi corazón se oprimió horriblemente, la jóven se volvió al anciano con la sonrisa en los labios, diciéndole: hemos llegado ya, amigo mio; subid al carruaje: yo entonces le ayudé para que subiese, y cuando estuvo en él, el pobre mendigo acercó mi mano á sus labios en señal de gratitud; yo me despedí de él con afabilidad y respeto; en se-